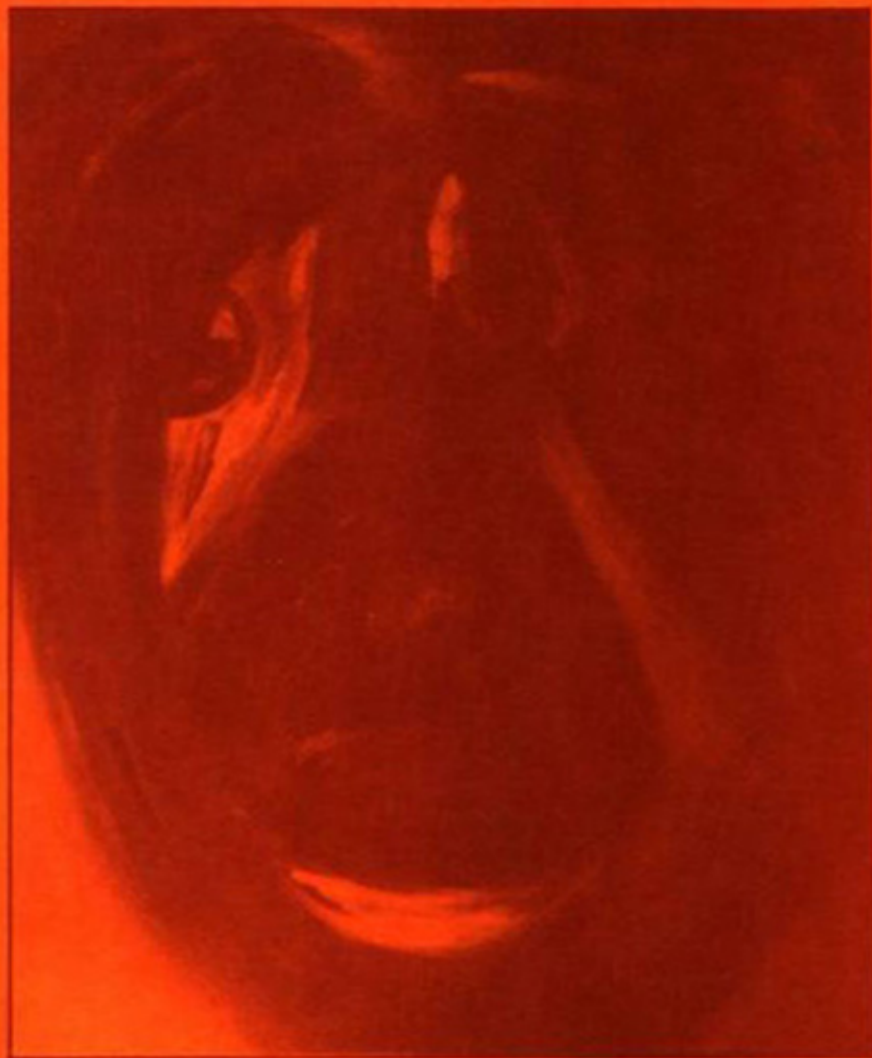

ENDYMION

ALFONSO VALLEJO

MAS



poesía

© Alfonso Vallejo
ISBN: 84-7731-055-6
Depósito legal: M.-28512-1990

Cubierta: Óleo de Alfonso Vallejo. Técnica mixta.
100 cm por 81 cm “Hombre Gritando”.

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es
e-mail: comercial@novtiz.es

Más

Alfonso Vallejo

Duele el gris, el negro, el verde y el azul.
Duelen todos los colores
del principio al fin,

en toda su extensión.

Pero una lámina de luz
corta el espacio,
lo divide en dos, en tres,
en infinitas soluciones.

Por ángulos y escuadras,
canalones y cisternas
discurren húmedos pensamientos.
Un barco pasa a la deriva.

Ya se acabó de cumplir
la carne toda de todas las esquinas.
Su intenso fulgor ha quedado en la retina.
Tan sólo los arcos comprenden ya
su geométrico destino.

Lámparas dormidas
levantan el vuelo de pájaros aislados.
El dolor fascicular
se ha vuelto limpio como un bisturí.

El frío de las ramas
me calma el pulso,
arrastra la furia interna
como una marea de sal
nocturna y silenciosa. Los dedos chocan entre sí,
sopla un viento de hormigas muertas. Luce
el butano entre dos planetas.
El mar se ha vuelto rojo
y negra la espalda de mi nombre.

Todo respira y su aliento duele.
Las uvas han paralizado el color
y por fin
duerme la campiña.

Mi sombra me ilumina.

Llueve suavemente sobre la espalda de la noche.

Un perro inmutable y gris
respira la distancia.

Sus ojos saben a verde.
Su silencio sabe a naranja.

Largos pasillos saben a fiera,
a grandes ventanales y blanquísimas paredes
de ingrávida claridad.

Pero todas las superficies,
los peces sin sombra que recorren la memoria
calman el dolor.
Van borrando punto a punto,
línea a línea
los surcos del pensamiento.

Una gota blanca resbala su agonía,
cae por el cristal,
cruza los recuerdos.

Por castillos del Sur de Francia
analiza la retina su eléctrico presente,
sus salinas imágenes convertidas en pasado.
Y el mar se detiene.

Las arterias
por todas las almenas
laten en sangre.

Estancias de vidrio rasgan el futuro.
Un violín congelado permanece en el espacio,
oscilando.

Duerme el campo y las encinas.
Sonríen payasos fríos.

Llueve suavemente
sobre la espalda de la noche.

Un minuto. Dos. Un instante.
Calla la tierra
bajo la atenta mirada de mi perro
meditando.

Tiempo.

Los libros se detienen en sí, sumergidos en sus letras,
pendientes de sus signos.
Transpiran los objetos.
Ocupan su espacio.
Recogen su esencia.
Abrazan su inmovilidad.

Tiempo.

Un zapato inmóvil
observa la longitud de la luna,
boquiabierto.
La puerta permanece fija en su quicio.
Transporta la luz. Huele a sombra.

Tiempo, tiempo, tiempo.

Un hombre en la oscuridad lame sus heridas.
Hace brotar de sí jugos dolorosos.:
Cede la tarde. Se multiplica la nada.

Todo se detiene y espera
concentrado en su sentido,
palpitante y vivo.

La tensión del lino

resume la verdad
tajante
limpia
verdadera.

Los ángulos de las casas,
el dolor,
su furia,
su adelantamiento.

Y la gravedad
con su fuerza exacta
precisa
el destino mismo
inapelable
y esperanzador

de lo cierto.

El aire va frenando
la lenta caída de una hoja.
Un coche se detiene en la sombra.

Largos camellos horizontales
atraviesan las playas.
Sus bridas surcan el mar.
Tienen ojos de arena
y su aliento sabe a cera.

Un velero duerme en ultramar.
Espinosos brotes de azúcar
dilatan la eternidad.

Se iluminan rendijas sin asfixia.
Las piedras en el pozo
caen despacio.
Su sonido es lento.
Huelen a fuego.

La raya del sueño
navega a la deriva.

Han muerto los radios.
Se apagaron los faroles.
El aire se volvió amarillo.

Ha nacido la mañana.

Un perro ladrando
disuelto en verde
detiene una gota sobre el cristal.

Una estrella negra late en tu piel.
Un cuerpo sin manos
vuela
haciendo saltar esquivas al viento.

Un dedo
colgado del vacío duerme.
Persianas
hincadas en la carne
crujen lentamente.

Pero el sonido de tu presencia
y el olor de tu voz
soplan hasta el fondo de mí
un aire de espejos abiertos
y blanquísimas velas.

El palpitante murmullo de las hojas,
su intáctico frescor
y su meridional naturaleza
hacía planear los cordones atmosféricos.

Aranjuez, movida en la penumbra
de una cálida sensación
respiraba.

Un paso en el mar.
Dos.
Un largo frescor salvaje

Llenando los huecos del corazón,
latiendo, sangrando por todas las paredes.

Duermen todas las mareas,
todos los instantes del Universo entero.
Nubes de paja y olvido
se levantan por debajo del sombrero.

El color del aire navega en solitario,
pasan las hebras de la luz por tus manos.

Un pensamiento muerto flota en la arena.
Hojas, semáforos violetas,
corrientes voraces, brotes de espuma horizontal
acompañan nuestra lenta ascensión a las estrellas.

Los Montes Apalaches
sonaron
sobre sábanas de insectos.

Cristales sin hojas,
soportales muertos,

gritos sin agua.

Pasiones de tierra dulce
cruzan las montañas.
Salen a todas las esferas,
a todas las compuertas
de un inmenso mar de amarillo inmenso.

Y así,
con la clave de un aéreo equilibrio, la vida surge,
brota, penetra las plantas, los ejes,
las arenas más secretas.

Una navegación asalta.
Los ojos, ya sin pupilas, a golpes,
a manos llenas, subidos a los más afilados dolores,
despiertan.

Se han vuelto rojas las espinas de la tierra.
Han brotado así, de golpe,
de todas las carnes
y han invadido a gritos
los más profundos huesos del corazón.

Han saltado en pedazos las ventanas de la Tierra,
así, de repente,
y un aire de cristales ardientes
ha segado la respiración.

Los columpios giran a altísimas velocidades
como átomos rotos
desintegrados
sin control.

Es el fin.
El tiempo se ha detenido.

Ha muerto el Paraíso.

Un gato paralizado navega tangencial.
Navega en luna. Solitario.
Y el espacio se detiene.
Un tembloroso movimiento crepita
bajo sus pies.
Su presencia, como una honda,
raja la distancia. La perfora.

El sudor de las más angostas playas
y su eléctrico furor
resbala silenciosamente por la memoria.
Águilas, sombras e insectos
se mezclan con el *olor* del más álgido café.

Late la oscuridad. Suelta sus astillas.
Se van clavando en la mirada
salpicándola con un abismo de flores rojas.

Pero sábanas al viento
mezclaban la sal con el agua
y la espuma
con las corrientes más furiosas del corazón.

El aire se volvió líquido.
Verdes, rosas y violetas
los árboles frutales.
Los higos se volvieron negros
y las letras rojas.
Brutal el aliento de las panteras.

HIELA.

Suena el silencio.

La tierra cruje bajo las patas
de largos animales eléctricos.

Una sangre frecuente recorre las serpientes
haciéndolas vibrar a golpes,
roca a roca
con la malicia propia de la hierba seca,
y el rubio terror de sus mandíbulas.

Caen los botones del chaleco
uno a uno sobre el barro

y un asno transparente
casi líquido
cruza lentamente el color de una pared.

Pero amplias esferas polarizadas
chocan con magnéticas pantallas
y el espíritu de las más abundantes terrazas.

Tiembla el aire de las ecuaciones.
Tiembla el agua más amarga con sus flores dentro.
Sus chasquidos producen cortes,
su esplendor, escalofríos.

La ropa estalla en la cuerda,
se rompe con el viento de miles de cristales.
Láminas de cuero dulce
desenroscan la mañana,
sueltan la luz.

Las paredes suenan a verde
huelen a tierra mojada.

El color,
como un espejismo
golpea suavemente los huesos, la carne, la piel.

La vida crece
y una infernal retina azulada
de blancos transparentes medios
con sonido caníbal
se transforma en mirada
limpia como un cordel transparente.

Un chorro de visión sigue los insectos,
los convierte en fósforo nocturno
por la sombra de unas alas invisibles.

Y miles de reflejos,
la anatomía de todos los movimientos,
los ojos, la boca, la pelvis
como un largo sabor a miel por dentro
pegado a los labios

permiten esperar.

Un ojo se fue a la luna
y el otro quedó en el mar.

La luna se ha vuelto roja
y un pájaro azul surca el universo.

Murieron las espinas de la noche.
Se rompen los cristales.
Los cuerpos huelen a cansancio y mar.

Un árbol sin madera corta la niebla,
el agua de las torres,
la sombra de las playas y caminos.
La sal se ha detenido
para que pase el tiempo, las
vetas del cobre más imaginario.

Pulsos transparentes estremecen las plantas.
Mundos dolorosos
sin rejas
giran frente a una vela.

Pero las montañas, los hombres y los ríos
tiran de la luz
y sigue el día.

El oxígeno se detuvo.
El pulso calló.

La línea de la sangre,
por debajo de los ojos,
recorre la distancia
con sus nervios de acero.

Un frío andaluz perfora las pupilas,
sujeta el cielo con ángulos de hierro.

Paredes tabicadas,
sin cemento,
contuvieron la respiración,
mientras mares de yeso, rozados,
lijados en sus olas más destrozadas

volaron.

Las grapas del alma
saltan brutalmente.
Sus trizas,
de piedra en piedra,
de cristal en cristal,
dibujan el mapa lacerado de la piel.

Una tortura helada
soplaba sobre los cuerpos.

Suena un timbre.
Estamos solos.
Dentro.
La lluvia invade los zapatos.

El fuego,
en maligna dimensión,
cerraba los libros,
los clavaba en el aire
haciéndolos astillas.

El sueño,
dolor humano sumergido,
largo como una niebla,
frotaba los relojes,
disolviéndolos,
volviéndolos sudor interno
y nieve salvaje
abierta al sufrimiento
como una mañana sin fin.

Tú hablabas el alma azul de la madera
y tu lenguaje sonaba a verde
como si de espacio se tratara.

La transparencia de tu carne,
su olor a vida
y respiración vegetal

despertó dulcemente
célula a célula
latido a latido
la realidad.

Allá van mis pulsos.
Se alejan de mí,
solitarios.

Allí queda mi sombra
respirando,
oculta bajo las ramas.

Mis huesos aquí,
cenicientos y serios,
clavados en el sitio del frío,
donde nace el agua vacía y hueca.
Mi mente sin embargo flota,
arrastra mi corazón
hacia lo alto
muy alto

lo hace volar y volar
alto
muy alto
estallar en alas de la distancia,
diluirse en el luminoso espacio
de la mañana.

Tejados desiertos, sin antenas,
suceden a tejados rojos,
sin contradicción.

El campo se mueve,
respira.
Un cohete en el cielo.
Se me aparta el alma.

Los niños cubren su sueño palmo a palmo,
reflexionan desde las señales más altas.
Nubes de letras blancas
suenan en la mirada.
El vaivén de los pinos
rebota sonoro
en la imaginación.
La aromática espesura tiembla.
La vida cruje y se desplaza
como un lago abierto
o una niebla sin agujas.
Las líneas discurren sin conciencia
a través de la madera.
Se me aparta el alma.

Después llega la noche
calladamente
casi de puntillas, meditando,
como un vapor de mariposas flotantes
desde el cielo hasta la tierra,

se paran los colores, nacen las abejas negras,
los barcos, los lobos azules, las mañanas blancas.

Y entonces, sólo entonces,
libre
rebotando
nueva y renacida
en alas de la fantasía

se me aparta el alma.

Un perro murió.
Se apagó la luna.

Un gato en la estratosfera
cazaba ratones con la cola.

Las moscas,
partículas del vacío,
soportaban la oscuridad.

Pero yo volví.

Con todas las cuerdas de mi alma
desgajadas, rotas,
cubiertas de ampollas
bajo el frío inmenso de imponentes pantallas,
volví.

A nivel de todas las burbujas,
con mi equipaje de signos
y todas mis raíces lanzadas al galope
entré. Entré en mí.

Restos de antigua comida, sin sentido,
pan vacío, latas abiertas, espigas muertas.
La nieve se había vuelto azul.

Pero yo volví,
a mí,
a la carne eléctrica de mis silenciosas acequias.

Y en metafísico alargamiento
desperté mis nubes,
solté hacia arriba
el vuelo más audaz y vertical

de todos mis pájaros, la carne más frondosa
y carnívora
de todas mis selvas.

Una teja rodó por la pendiente
y arrastró al tejado.

Saltaron las almenas.
Los insectos del calcio
golpearon las cuerdas.
Las puertas formaron bloque
con la pared.

La casa tembló
pero no cayó.

Ópticos pumas me atacaron los ojos
convirtiendo en sangre
las pupilas.
Catastróficas panteras comieron de mí,
arrancaron con sus uñas
los tejidos del sueño.
El vapor de mi aliento murió.
Todo en mí se convirtió en lobo.

Pero la piel unió su frío
al espacio y al sol.
La vida se volvió móvil,
imparable.
Fue invadiendo célula por célula
las grietas de mi alma,
y azul, roja y verde,
engañó a los tigres, rindió a las palmeras,
a los osos, al estambre y el cedro libanés.

Se volvió verdad geográfica
sin volumen ni minutos
hecha conciencia, presencia y futuro.
Al fin,
Garcilaso ganó.

La clorofila y la sal,
el néctar y la sombra,
el zumo más perfecto
que surgió del vacío
se hizo vida.

Alternó con el horror
y apareció.

La tarde jardín
negando los estragos de su propia presencia
remontó el frío
y huyó.

Más allá del fósforo,
cubriendo el metal,
levantando macizos pesos de almendras,
por las heridas de cientos de burbujas

con sus vientos rotos
voló.

El hambre y la sed se volvieron negras,
dulces como una tarde de Abisinia,
como un tabaco negro
sin aire
de dolorosas agujas. Fracasó la luz.

Nos taparon las palabras de la boca con vino ausente,
color de espanto.

Nos volcaron la luna,
hundieron nuestras puertas
y clavaron con hielo sus estacas
en el alma de la memoria nuestra,
la más interior.

Pero nosotros cambiamos las uvas más amargas
por largos paseos en el corazón del invierno.
¡Nada supo resistir a nuestra capacidad de enajenación !
Transformamos los estragos más silenciosos
en puñados de besos, ritmo y poleas encendidas
a lomos de la imaginación.

Lenta, lenta, despacio, muy despacio
pasó una nube. El cielo se abrió.

Cayó la mañana.

Y la asfixia, la asfixia misma
con sus blancos horizontes negros
rompió las ventanas y salió.

Entonces

el oxígeno más ahogado, el más cerrado,
el más oculto y misterioso

por fin

respiró.

EL fuego,
en su más maligna dimensión
cerraba los libros,
los clavaba en el aire
haciéndolos astillas.

El sueño,
dolor humano sumergido,
largo como una niebla,
frotaba los relojes,
disolviéndolos,
volviéndolos
sudor interno
y nieve salvaje
abierta al sufrimiento
como una mañana sin fin.

Tú hablabas el alma azul de la madera
y tu lenguaje sonaba a verde
como si de espacio se tratara.

La transparencia de tu carne, su olor a vida,
su respiración vegetal

despertó dulcemente
célula a célula
latido a latido

la realidad.

Un corte sin sangre
se ha hundido en el agua.
Se mueve la tierra
como un clima cenital
siguiendo notas
hacia puntos invisibles.

Una rabia dulce
recorre los precipicios
del cartón y la madera más audaz.

Pero las palabras navegan sueltas.
Flotan en el espacio.

Sueñan despiertas
con mil dientes
e incontables chorros de espuma.

Organismos táctiles
rompieron las palabras
y cambiaron
las vendas de lugar,
cubrieron los caballos de baba ensangrentada
y atacaron el alma
en su raíz.

Palabras como explosión,
arrastraron a los hombres hacia dentro,
cancelando las más negras emociones,
transformando los actos brutales
en planicies de amor irracional.

El fulgor, el latido vertebrado,
la presencia misma de la vida dentro
en lo propio
de dentro
creciendo
hacia dentro
llenando cada uno de los huecos

respirando.

Que acaben pues los mordiscos
y ceda la furia.
Que se rompa el aire
y amanezca la luz.

Ven.

Por encima de los caballos
de los altos baluartes entorchados,
más allá de las dulces partes,
de los dulces instantes
y recuerdos

un lienzo en la arena,
un sapo estelar,
un recuerdo con sabor a noche antigua,
un canto funeral.

Así cruzamos Montezuma,
la del rojo escarlata, la pared del bronce y
el árbol más rojo del universo.

Así creció por dentro lo más hondo, terrible,
cansado y bello que conservaba el alma para sí.

Por eso los más altos faroles,
los cactus de la imaginación y el frío
cupieron dentro,
muy dentro, en lo más dentro
de lo propio

de la sangre más propia
e interior.

Los caimanes atravesados,
la noche,
otro volumen de cuerdas
más bajas y azules.
La vida renacida,
la vida reinventada
y una lata de ilusión
con un agujero abierto.
Olvidar la presión del aire,
invitar a Torricelli
y que Torricelli acuda por los cables.
Abrir la ventana torrencialmente,
no pensar.
Y que salte la columna de mercurio.

Soñar.

A manos llenas,
sin puntos ni comas,
en lenguaje mejicano.
Callar.
Aprender a silenciar
el alma
y el doloroso sentir perruno.
Volar.

Volar. Sin astillas.

Soñar.

Amar.

Cuando acaben los travesaños
y el riesgo se detenga
por la piel,
una vez, dos, mañana y después
¿dónde?

Si sangra la piedra
¿cuándo?
y si la líquida explicación
detiene su caída
a tiempo
preguntaré
¿cómo?

La hemoglobina seguirá su circuito
y yo aprenderé a callar
frente al cactus y el ratón.
Seguirán su curso las células
por cuerpos y terrones,
se moverán los juncos
atómicamente
impulsados por el viento,
lentamente
con pausa vegetal.
¿Hacia dónde? ¿Hacia cómo?
¿Hacia cuándo llegarán?

Una mano detenida
señala el tiempo
meditando.
Late el corazón
como un árbol de vida,
hablando a solas
meciendo los recuerdos, esperando.

Permanece inmutable
la naturaleza del perro
aquí y ahora,
la forma del cordel
y la ropa tendida
en el horizonte.

Las cerezas en el vaso,
el cristal, vidrio ambulatorio,
sujeto a sí,
montado en su imaginación.

Los caimanes me acompañan silenciosos.
Se detienen resumidamente.
Han pactado conmigo
un ataque dental sin sangre,
vertical;
llegó el momento
de anular los signos.

Que permanezcan las hojas
contemplativamente
en su silencio vegetal.
Que exploten las flores
y crezca la hierba
a la estratosfera del error.

En el cometa de las ideas,
la azul realidad
y la arena.

El parchís con sus magnolias.
El recuerdo,
físicamente reconstruido,
la precisión
y la frágil ternura.
El brillo de los dientes,
la ilusión.

No quedan más que fragmentos.
Nada en el tiempo decremental.
Nada en la base.

Ahora ya contemplo las hojas abiertas
salidas de las macetas
asomadas a gargantas y ventanas.

El cálido calor,
la enramada umbrosa,
los ladrillos
nuevo lenguaje de signos instantáneos
y futuros.

El embudo colgado
latente y vivo.
El patio iluminado,
traspasando las puertas,
la hiriente utopía
y poblaciones de insectos
fugaces,
haciéndose.

El descenso a la densidad de la piedra,
a la profundidad del aire
y al movimiento.

Un cordel.
Una letra. Todo basta.

La vida se convirtió en relámpago.
Desciendo a los números,
maldigo las campanas
viviente como me encuentro
en su interior.
Reduzco el limón a la nada,
navego la lumbre por el recuerdo,
enciendo los soportales,
detengo las velas.

Soy yo. Mi conciencia.

Adelante y atrás, con todo se une la línea de los ojos,
la mente, la espina de las piedras,
la luna follaje.
Me acompañan las distancias
desde su astronómica genealogía.

Siento.
Callo.
Me basta.

Así romperé la esfera negra,
la parte blanda del sabor
y la confusión.

Perforaré la rotura de la voz,
el llanto animal
y las flores de la pared.
Los indómitos tiestos
curvos y el día
también.

Nadie lo podrá evitar.
Ni la tardanza
ni la espuma
ni el descenso arqueal
del lenguaje
a sus últimas consecuencias.

Que salten pues los chorros
y se cubran de verdor
las imaginarias estepas,
que brote el agua,
que salpique la sangre acumulada.

Ampárame.

Más allá del Puente Mauricio
en el borde de una esfera
una mano piensa.

Un cedro liso
investiga su corteza
y sueña.

Un lagarto mide su sombra con las piedras.
La humedad de la luna lo protege del sonido.

Todo permanece callado.
Todo concluye en sí
y se sucede,
atento a su ruido interior.

Pero de pronto una idea
se cambia en infierno verde,
tinieblas a voces
invaden recuerdos secos,
resbala la noche esmaltada,
y en fábricas de vidrio aislado
un junco meditando
reconoce su historia vegetal.

Más allá del Puente Mauricio,
de nuevo
late la tierra en silencio,

suenan la luz.

Bajo sábanas eléctricas
crepitan las palabras.
El zumo del invierno
se desliza en los tejidos.
Navega inmóvil un barco inclinado.

Un círculo roto
quebrado en su volumen,
respira angustiado, vagando.
Se detiene el aire.
Se paran los motores.

Tejados desiertos,
sin antenas,
suceden a tejados rojos,
sin contradicción.
Se abren picaportes rotos,
arcos, halcones, luces y sombras,
el calor efervescente en su acuática estructura.

Y surge el viento oceanía,
la mancha narcea,
saltan los alfileres rotos,
brotan fuentes sin astillas.

Un lápiz. Un sendero.
Un árbol.
Un hombre pensando.
Todo calla y todo sueña.
Meditando.

La nieve melodía
salió de un vergel.
Las sillas permanecen dobladas. Callan los libros.

La salida salvaje,
la umbría,
los objetos en su estricta soledad, todo tiembla,
con sus líneas y contornos hundidos en sí.

Oscilan los océanos.
Un gesto en la arena
y aparece el mar.

Los dolores no dolían.
Sabían a miel.
Se alargaban en líquida ortografía,
se convierten en letras,
estranguladas y estrechas
que al menor impulso,
escapan y vuelan.

La memoria perdida,
la memoria olvidada,
el sonido de la mirada bajo el gasógeno encendido
salta.

Nada me detendrá.
Desde el frío caudal y los nervios delicados
hablaré de ti.

Las frutas, los horizontes,
los olores entregados
con su sabor a sal
no me detendrán.
Hablaré. Hablaré de ti.
El dolor no dolía. Sabía a miel.

En el rumbo Australia
yace mi sombra.
He de encontrarla.

En el centro de una explosión
yace un chaleco.
Lo toco y me reconozco.

El humo del puro
se eleva, cruza los puentes d'Artea.
Los guantes permanecen en la mesa.
Rotos como ideas rotas.
Ruedan de repente
y de pronto vuelan.
Navegan por Alemania.
Un circuito los envuelve.
Una espada los corta.

Sobre baldosas negras
cuelgan palabras redondas.
Como mis penas.
Se estremece el frío.
Se desvanece la tarde.
Una huella se borra
y arrastra su sentido.

Hay que empezar, una y otra vez,
a intentar comprenderlo todo,
a inventarlo,
a descubrir su significado instante

para vivirlo.

Una velocidad sin expresión
Una luna inclinada,
la del sueño.

El azul,
una planicie sin olas
ni movimiento.
El azul.

El frío, un intervalo entre piedra y piedra,
acero y acero,
horno y calor.

Se mueven los trigales.
Funciona el verde cerebro de las plantas.
Se fecundan las flores.
Transitan los insectos sus códigos genéticos
y aparecen nuevos vientos insectos,
producto de una memoria de vida.

Todo se convierte en mensaje,
forma y electrón.
Idea.

El ladrido de un perro
cobra significado.

La línea ácida del pensamiento
inventa la duración,
la realiza con el tiempo,
la convierte en longitud viviente,
analizando.
Ese mono azul que cruza la pared

digitalmente en el cerebro,
gatea por su mente,
alarga sus segundos
convirtiéndolos en espacio,
trepando
poblándolos de velas.
Y esa marea que imagina
abriendo los ladrillos,
sal de barco,
cara de payaso frío,
hoy, mañana, casi antes
quizás para siempre
perdura en él.

La hizo suya,
se la quitó a las olas,
se apoderó de los cuerpos desnudos
y los volvió en él, al inventarlos
conciencia.

Penetraron tenazas en el cuarto
y arrancaron los rincones.
El sol en un instante
desentrañó la tierra,
la hizo brotar de sí,
aparejo caliente, piedra mordaz y fugitiva
creciendo con el cobre y el zinc,
dando vida carbonada, jungla y marisma,
inteligencia neuronal, proceso celular superior,
y al final palabra.

Entonces todo pudo pasar de la sustancia al nombre,
la idea al verbo, ir, venir, rebotar, multiplicarse
en la memoria. Nacer.
El mundo pudo trasladarse
de la lengua a la retina,
del cerebro al papel, a la pantalla,
al número y a la ecuación.

Entonces se levantaron las planicies del sonido,
las playas se poblaron de lanchas
que hablaban de pájaros carniceros,
mar, como signo, como vela, metáfora y destrucción.
Todo volvió a nacer, trepidante,
señalado, descubierto, reinventado,
señal y concepto.

Y luego ya para siempre, la mente,
exquisita función cerebral, se salió de sí, habló,
rompió lo negro,
se volvió temblor de labios y de dedos,
palabra humana
Razón.

Así la esperanza cumplirá sus puertas
y llenarán el aire.
No cederán las distancias.
Otros saltarán por mí,
reflejos
nacerán de las fuentes
y seguiré la vida, otra vez,
cada vez, a surcos e instantes,
permaneciendo.

La Razón, en quirúrgica línea,
calmará los sentidos.
Un árbol traspasará la espesura
volará hacia el área del sueño
y nosotros volveremos divididos,
bacteriamente transformados, enhiestos por el fuego,
terribros absueltos
por haber desaparecido.

Las hojas enramadas,
los veloces pastos y las tejas
tendrán su salida.
El movimiento se volverá de nuevo signo
y el signo, señal,
y la señal, idea,
adelantamiento de espacio y tiempo,
de nuevo movimiento.

Seguiré la vida
empezando otra vez,
material distinto renovado,
renacido, hendido,
multiplicado.

Salir.
Vencer la noche
hasta el límite de la conciencia
y en la cardinal vigilia
empujar el alma
hasta el borde de sí misma
para que sangre África
y salte en pedazos el océano.

Partir. Salir a la enramada floral
y gritar a la vida
con los últimos destellos del sueño
rompiendo la garganta.
Escapar.

Pactar con la mañana,
soltar la negra linde de la desesperación
y agarrados a la brutal ascensión del mediodía
volar
a la sombra d'Escarpia
en fantástica huida
hasta desaparecer. Volar
a la quinta Australia.
Volver a soñar
en las plumas y mordiscos,
en las fibras de los corazones más alegres y futuros.

Que suenen las guitarras
y salgan las voces de lo bajo de las tripas
al amplio espacio abierto,
a la clava nautal,
a los árboles con sus frutas
y al mar. Huir,
partir, volar, salir.

Guerra de sí contra sí,
la de uno contra sí mismo
frente a todo.

Lucha descarnada
por mi sentido aquí,
mi significado aquí,
de mí contra mí, ahora,
de mí frente a mí,
de espaldas a todo.

Si un verde agonía sin espuelas
ni rastro de metáfora se extiende sobre mí,
si el rayo de esta ciruela
representa de pronto
nada por nada sin nada
en medio del festín de la vida,
soy yo mismo el que se está muriendo
ante mí,
sin poderme socorrer
siquiera,
puesto que he perdido mi sentido.

Entonces hay que volver a pactar:
cogerse del hombro,
contarse los dedos de nuevo,
sujetar el corazón con el hueco de la mano,
ponerse el vello en su sitio
al ritmo de los más dolorosos pasos
y desde los adentros, de nuevo,
volver a empezar
la reconstrucción.

Las uñas de las fieras,
sus mordiscos, su baba,
transformada en dolor,
pasó.

La rabia negra,
lobuna e implacable,
incrustada en los huesos,
la piel y la saliva,
pasó.

El violento descenso tunecino
el río,
brújula caída,
dejó de sonar.

El pasado mismo pasó.
Desapareció.

Pero Heráclito, no.
El río pasó.
Heráclito, no.
La memoria, con sus cicatrices,
convertidas en palabras,
no.
Heráclito quedó.

Sobre un manantial vacío
crece una palmera negra.
Muere el tiempo.
Mis lobos comen de mí.

Huyen las luces.
Se rompen los clavos dentro.
Se apagan las espinas.
Un junco se mueve y respira.
Mis lobos comen de mí.

Me parten la carne,
me salpican la vista
con el ruido de mi propia sangre,
y en silenciosa carnicería
me dejan los pedazos enteros del alma
esparcidos por el cuerpo.

Y después,
sigilosamente,
mientras se alejan,
sueltan lo poco que queda

para que siga viviendo.

Vivo tan fuera de mí
que casi no vivo.
Pero tan vivo en mí
que ya sólo siento.

Miro el humo del tabaco levantar el vuelo
y pienso que algún día
también volará el dolor,
callará la enferma sensibilidad
y llegará la paz.

Vivo tan fuera de mí
que tan sólo vivo dentro,
con mis serpientes caídas,
mis palmeras y recuerdos,
colgados impasibles
de mis trozos y mis huesos.

Y si oigo una voz,
la escucho tan fuera de mí
que casi no la entiendo,
viniéndome de la carne que he sido
y ya no comprendo.

Los objetos del cuarto,
absortos en su eléctrica materia,
observan mi silencio interno
hecho de memoria humana,
olvidada con el tiempo.

Pero de pronto una naranja rueda, navega, se estrella,
rompe el corazón,
invade la retina de sangre verde
como una jungla viva y ensangrentada que soy.
Entonces... sólo entonces... respiro.

No me dejaré morir. No.
Soy águila
y mientras una pluma me quede
no dejaré de volar.

Hasta el inicio intacto,
la sangre más fina,
el dolor más caliente,
la espuma más fría,
la puerta más abierta.
No me dejaré morir.

El sol de la independencia,
el sol de la rebeldía nos guiará.
La noche martea,
los rumbos,
la lucha parchís será nuestra.
Y en metafísico silencio
haremos del sufrimiento
una larga cadena verbal
entre tú y yo.

Y ahora que los minutos han muerto,
que sólo funciona el olor de los animales,
las piedras, las formas,
la filosófica realidad del pensamiento
haciéndose carne,
real realidad
en su vuelo rasante por la historia de los hombres,
tampoco me dejaré morir,

Entregaré mi cuerpo al fuego,
a mis bacterias y a la luna.
Y aquello que he sido
se unirá para siempre
con lo que nunca fui.

Me haré distancia,
humo alargado hacia las estrellas.

Silencio y sonido mío,
pulso y respiración,
analítica mental frecuencia
y volumen de ser vivo,

sal ahora. Vuela,
sintáctica presencia
que me constituye.

Más allá de la razón y el instinto,
distancia laminar, volumen sin espacio,
materia sin consistencia
aléjate
a tu tiempo interior.

Y en tus inconscientes latitudes,
hazte temperatura tuya,
propia, densa, interna,
y como un aliento sin cadena
de ti
vuela.

Un halo en la esfera,
un átomo suspendido
y el tiempo se detuvo en su retina.

Se le apagaron los frutos,
los signos e instrumentos cardinales.
Se le apagó el mar.

Ya sólo tiembla en él
la jeroglífica oscuridad de las estrellas.

Se rompió la madera,
rodó por las simas,
navegó con los vientos dejando al cuerpo
convertido en cenizas
a merced de las olas.

Y éste que fue hombre,
caballo y planeta,
mente futura y explosión de ideas,

jinete de su inmensa muerte
yace unido para siempre con el agua
al vaivén de la noche

y a la respiración de las maromas.

Todo parecía hablar.
Pero de pronto todo quedó mudo
entre redes sin respuesta.

Todo seguía ahí, latiendo,
con la vida en la cresta de los trenes,
montada en la ilusión más verde, firme
y definitiva.

Pero la palabra había muerto.
El significado voló.

Entonces
fue el pomo inclinado
quien determinó la espera,
fue la lámpara quien pactó con la carne,
cuerpo a cuerpo,
volcando sus espirales de oxígeno
sobre la más frágil tierra.

Las sales mismas, como un luminoso mar
rojo de sangre y mudo,
se volvieron al calcio, fósforo y magnesio,
al color mismo, directamente,
como una silenciosa pulsación.

Porque las palabras habían muerto,
borradas por la mente dolorida.

Y todo callaba.

Espíritu - Cerebro

A lomos de la Razón
la sal se volvió distancia,
imaginario mar,
rumbo de electrones
e idea.

La piedra perdió en la mente
su atómica estructura
tornándose concepto,
lítica representación.

El deseo incluso
que parecía polvo animal originario
o divino aliento a bocanadas
fue convertido en circuitos tensos,
redes neuronales,
zumo de hormonas desprendidas.

La inteligencia perforó
los límites del espacio-tiempo,
los hizo número, ecuación y ley,
matemática ensoñación

en movimiento.

Ahora pasaré al pájaro sin alas.
Tú traerás el vapor en los ojos.
La línea incertidumbre nos amparará.

Hungría nunca sabrá cuánto dolor costó,
tan lejos.
Ni África sabrá
ni Líbano
las heridas que causó
en distancia.

Ni las líneas, ni el trigo ni las matanzas
los escalofríos que revelaron.

Ver pasar las estacas, sentir su ruido
entre los dientes
y el dulce amargor del tren d'Aquitania,
las palabras sonando a sangre,
convertida en letra sangre, en ácido,
transformando la mañana en sangre.
La noche dirá sí, como ya lo dijo el día.
Afirmará el proyecto, la savia delantera
y la luz. Tan sólo un instante más.
Arráncame.

Voy a recorrer la España, Francia y Portugal,
la raíz encubierta, el cendente despertar,
las inclinadas montañas y surcos, las playas eléctricas
y el sueño.
Ya no habrá más alambradas.
Sino espacio, espacio, espacio.
Sonará la rosa medieval, saltarán sus lazos.
Nada será igual,
pues cruzamos las esferas
y la rosa blanca sirvió para los sueños.

RReferencias a lugares sin puerta
manchas rojas
y desiertos,
niveles de vida verde
e insectos,
palmas enterradas,
túneles abiertos
hacia un titánico resplandor vegetal.

Nadie podrá ya robarme las manos
ni el aliento
ni la cordillera del espinazo,
mi daño celular será mío, mía la luz de mis huesos, el olor del calcio
y su espuma.

Que salga pues el gusto, el olfato y la saliva,
que revuelvan la conducción
y salten los tabiques infectados.
Que cambien los factores
y se altere el murmullo de las hojas.
Que salga el día
y vuelan los gatos a la luna.

Naturaleza de perro, águila, simio y bacteria,
lenguaje de plantas, olor de resina, corazón de luna,
metafísico volcán,
lumbre humana.

Del fondo de la materia más primitiva
hasta la raíz,
hasta su más interna condición
de animal,
el hombre.

Soñando, pensando, amando,
gozando,
contando ángulos y aristas,
convirtiendo planicies
en inteligencia mineral,
el hombre.

Hábil pernoctador
se descubre en la sombra
y la noche lo cubre,
le invade la mañana,
participa en sus recuerdos
la más negra luz de las estrellas.

Y su sangre,
la más antigua y radical, la más medieval,
recorre las esferas internas,
las practica, las rompe mentales,
antenas del vacío.
Sale, explota,
se derrama,
palpita en él.

Hundir los dedos bajo la piel
y sentir su presencia,
tocarlo, palparlo,
vibrando como una serpiente.

Sentir en la lengua
la interpretación de sus pinchazos,
su aroma,
su rigidez y brutalidad.

El peso del dolor en las manos
tiene la resistencia del cobre,
suena como el acero y el hielo,
cansa como el peso del aire.

Pero también fortalece
como un álgido vigor esmerilado,
también despierta, electriza y conmueve,
con el más puro sabor de la vida más viva,
de las raíces más calientes y expandidas.

Basta con hundir los dedos
para comprender
que se irá disolviendo en la células,
en sus núcleos y membranas,
para por fin,

cesar.

No dejaré ni un minuto
de los que me corresponden
sin recorrer.

Del ombligo a la manga,
de la mirada al sentido,
por todas las plantas que me han acompañado,
los ruidos y las palabras
que me han sonado

iré.

Llevo en mí los tactos, los esfuerzos de las pieles
donde aprendí el amor,
su calor, su ternura y su desesperación.

Los llevo dentro, marcados,
con sus aguas y temblores de espíritu.
Y las páginas que leí,
cada una de sus letras
convertidas en historia
dentro de mí.

No dejaré ni un milímetro
de mi distancia entre los dedos.
Los volveré rebeldía entre los dientes, aire, fragor, ritmo,
latente pulso
y memoria.

ELOGIO DE LA INCONGRUENCIA

Y es así como vengo
nítidamente despierto
con la conciencia afilada
a pactar conmigo y con todos los que
como yo
necesitan pacto.

Acudo con mi presencia bajo el brazo
y el corazón dispuesto.

Necesito entenderme
y entender.
Hacer mía la incongruencia
que nos pertenece
como un don vivo
de seres vivos.

He venido, de nuevo, otra vez,
a intentar comprenderla,
a hundirme en ella
a sufrirla en mí.
A reconciliarme,

También a degustarla
con boca, olfato y razón.
Todo parecía llamado a ser
lo que podía y tenía que ser.
La mente lo alteró.
Se volvió rebelde y astuta. Se equivocó.
Aprendió a errar y a corregir.
El Universo, otra vez, de forma distinta,
nació.

Una acción diluida
transformada en palabra,
con su oceánico filo dirigido hacia dentro.

Los montes, los campos, la hierba se dilata.
Un bote caído
y el universo rotado,
girando hacia su navegación.

Un hombre aislado, inmóvil,
frío,
vigila
y piensa.

Observa.

Una cuerda va resumiendo su trayecto
metro a metro,
centímetro a centímetro
hasta llegar a cero.

Un color se va volviendo blanco,
azul de Castilla.

Su síntesis es la forma,
trazada en líneas negras,
táctiles a la piel.
Sensación de vacío.

El punto sin embargo,
un punto de carne
huele a verde.

Ayuda a no dejarse morir
entre ignoradas manivelas.

La nieve cayendo,
equilibrio intacto destrozándolo todo,
cada uno de los poros,
tapándolos.

Se acabó el amplio balcón inteligente
y las fuentes de Verona.
Todo se ha transformado en un trozo de arena
para meditar.

El aire se encadena, tiembla y se destruye. Nace
como una cadena batiente
que fuera perdiendo su sentido,
condenada a su propio movimiento,
golpeándolo.

Cae la atmósfera plana.
Sólo la respiración aérea,
la sólida vista,
la latente vida permanece.

Ya no habrá más fracturas
porque el viento no vuela
ni responde el eco.
Ya se ha quedado la tibia bailando,
subida al precipicio
sin miedo a la soledad.
La luz ultrajada no tiñe ya.

TRATADO DE LA ASTUCIA

Nadie podrá conocerlos mejor que yo
los otros que me acompañan.
Nadie con tanto desconocimiento
podrá conocerlos mejor. Pues son yo.
Me siguen y me persiguen.
Van por delante de mí,
detrás de mis recuerdos
a la sombra de los pasos que me invento,
detrás de las cortinas que no cierro,
de los sonidos que no veo.

Hacen de mí lúcida confusión,
me tuercen el mar,
astutamente me engañan
desde mi detrás.

Van conmigo sin mí,
desde mí hacia fuera,
haciendo muerte inacabada
de espacio donde vivo.

Amigos reptiles que son, piensan por mí,
a traición, si me descuido.
Se vuelven hojas, materia submarina, equívoco y tentación.
Me dejan así, hablando argentino, portugués, maltés,
lenguas bajo luciérnaga
que yo mismo desconozco.
Y auténticos demonios, van escribiendo
en mis ojos
un "Tratado de la Astucia"
que yo tendré que firmar.

Punta arena. Acantilados.

Una sombra surcaba flirte. Navega el agua.

Dejaba la vida un quemante resplandor.

Norte impreciso y tormenta oblicua.

Un camaleón suspendido. Las camas mentira,

se hundían

como un pensamiento innecesario.

Una descripción latente. Las olas golpeando.

El alcor y la brisa, una sucesión. La urea

subía trabajosamente, pero crecía,

anegándolo todo,

ocupándolo todo, materialmente, físicamente

células y estrellas

camino de la muerte.

En Punta Arena, no. La muerte, no. Nada.

La nieve batida circulaba, libre, húmeda.

La máquina tijera cortaba.

Pero no segó la vida.

Mecanismos de mono lo impidieron.

No se dejaron hacer. Resistieron.

Audaces ondas, sinapsis, hundidas resistencias

en lo más hundido del alma, se negaron, aguantaron el filo,

el azote, los cristales, la vejación de rendirse

y desaparecer.

La noche Moctezuma,
el pan de agua,
volverán jeroglíficamente
a su sentido inicial.

Las ideas, humo verde coagulado,
la voz, ruido encajado,
en su dinámica de guerra,
destruyéndose,
despeñándose en el pecho
sin remisión.

Masas enfrentadas desaparecen,
gira el frío.

Morir de muerte innecesaria, no.
Morir de infierno dentro, no.
Sin cambiarlo en vida necesaria, no.

Morir de vida viva vivida, sí.
Así
sí.

Sera la luz más tenue. Zahara.
La pista más clara. Gibralfaro.
Pensar en vacío,
detenerse en el tiempo,
partir,
soñar,
amar.

Concluyó la madera. Se nubló el perfil.
La sombra ladeada
arrastra su sonido bajo.
El tiempo se la tragó.

Las calles han desaparecido.
En la noche sólo suena el latido de los perros.
Noté la ausencia
y el olvido de todo,
el vuelo radical, la extrema cercanía
de la conciencia.

Una gota se desliza,
una piedra en Estocolmo.
Callaré como una aguja de pie.
Con los dientes; con la mirada no.
No me dejaré hacer.
Por nadie.
Ni por mí mismo.

No me rendiré.

El mundo se apagó.
Se apagaron las horas.
Y el silencio descendió.

Una piedra rodó.
Se deshizo la luna entre las manos.
El lago Simmon rebosó.

Por dónde saltarán las amarras,
por dónde los cables,
por dónde sonará la luz.

Las silvas veloces,
rasantes,
el circuito de las ondas aparecerá.
Las laderas, los carros, las almenas veloces
arrastraban su significado.
Una rama cambiará con el sol en la retina,
cada punto del espacio, eléctricamente,
y el mundo se pobló de formas, por lo tanto,
lentamente en significado.

Entonces la mente, dentro del caos,
llenó el Universo de ruidos y ecuaciones,
porque el número había aparecido.

Pero todo lo demás quedaba fuera de su alcance,
otras razones, infinitas razones, escapaban a
su cálculo, también lo Desconocido, un hombre
anterior y posterior en medio del desorden,
más, una duda, la Razón.

El mundo apareció.

Las líneas y los circuitos
volverán a la esfera del cansancio,
al sopor y a las abejas.

Gases que forman piedras, en un principio.
Líneas submarinas después, teléfonos agudos.
Con el tiempo,
un manantial descomponiéndose.
La síntesis del calcio,
la aromática espera.
Todo permanece en sí, atento.

El movimiento es síntesis de espacio desplazado;
un cactus, una esfera,
contemplando su propia presencia,
ajenos a la mirada.

El aire mismo,
en su líquida expresión de agua y oxígeno,
oceánico vendaval
donde la distancia se transforma en tiempo.
Un pájaro lúcido e invisible
traspasa el enigma de su sombra,
de la nada que es
y va siendo
apareciendo.
El mar en su azul somnolencia, cada gota,
cada objeto tiene su duración interna.

Y el hombre lo observa todo, instalado así
en él mismo, desde un límite marginal, como un extraño.
Un día, una hora, un enjambre vertical, una jungla.
La existencia.

Hasta la savia multicolor
y el agua con olor a dulce,
hasta el campo con sus manantiales líneas,
las tapias y las piedras
hablan de ti.

Tu sonido es caliente,
rompe la estructura de los brazos,
los convierte en arizónico soplo.
Sé que estás ahí, dios proteico y molecular
que me compones, moviendo mi mano
mis órganos y mi piel,
haciéndome partícipe de ti
al ritmo de electrónicas pasiones.

Te siento de la pretina a las gafas,
recorriendo los signos que diviso.

Te siento ahí, misterio único y múltiple,
cuántico, astronómico, tan infinitamente todo y nada
que nos has puesto aquí, atónitos, inermes
ante este exceso de ti.

Yo también hablaré.
Como las tapias y las piedras: siendo.
Y si las palabras
pudieran significar lo que dicen,
a bocados y ladridos, con los dientes en silencio,
por el canto de las almas más cortantes
detrás de las puertas más abiertas a la negación
yo te hablaría.

No fue la luna
quien hizo saltar en pedazos el corazón,
abriendo sus fibras,
atacando brutalmente su estructura.

Ni el agua estancada
ni los insectos
buscando polvo orbitario
en la cuenca de los ojos
quien inventó el dolor.

Fue la inteligencia
sorbiendo estrellas
cegando con sal las tormentas
quien puso fuego a la maleza
y descubrió la carencia del lagarto
en el verdor,
la Razón quien cubrió los canales de la vista
con carboníferas avenidas de tiempo muerto,
quien llevó a la colisión,
al impacto del hombre con la tierra
más enigmática y cruel,
al ser contra sí mismo,
reconociéndose.

Todo lo cambió el cerebro, exquisita materia sublimada.
Todo lo volvió cuestión e hizo cuestión de todo,
brazo partido, intriga, atmósfera imposible,
proyecto.
Descubrió la memoria y el don de la vida
hacia delante,
y tuvo necesidad, en medio de este festín,
de darse un significado.

Apertura al mundo equinoccial.

La recurrencia sinovial.
Un lecho de clavos y astillas,
dolor humano calcificado.

La pared de un grito resbalando.
Las cárcavas y fuenfrías,
pan de águila.

Un hueco en la sombra.
Una tarde muerta,
aplastada por el sol.

La noche navega en agrio,
esperando.
Su larga tortura
no agotó los sufrimientos.
Nada se comprende en su estructura.
Nada en las líneas de los libros,
nada en la línea de los dientes, la mirada,
nada en el simple rumor del jardín.

Todo sigue oculto, hundido en su significado.
Se ha roto el corazón.
Roto kilométricamente,
su sangrado saltó a los ciervos,
ocupó bosques imposibles, planicies de dolor,
las heridas de la misma tierra
con su fractura de juegos cardinales.

Pasare la arboleda y el zanjar,
temblaré con las ideas
el salitre y los recuerdos.
Antes del daño tisular y la sangrante
carrera.

Hoy todo será esto: ganchos.
Volver a vivir.
El gas que alimentaba. Defenderse
de la nada hecha pedazos.
Respirar. Inventar hacia delante.
No desmontar cortezas.
Sino abrir el sentido del terciopelo.
Hacer.

El furor de los metales sobre las vísceras
las más acuáticas pasiones,
abiertas, segadas
soportadas por láminas vitales.

La deuda está zanjada.
Raíz de Hungría, incoherente laminar,
sal palabra,
suelta tus símbolos.
Detente
en ti.

El horror,
las maletas caídas,
el paso de feroces caballos
sobre el alma.

El desmantelamiento completo
de todas las carnes
en su signo más inferior.

Los vuelos rasantes
de aviones bajos,
descendidos,
la furia extrema, la rabiosa lujuria
y el sincio también.

Que salte todo.
Que se rompan las ligaduras todas
y vuele la fantasía
más allá del amanecer.

Que exploten los niveles,
se desgajen los faroles tunecinos,
vuele la imaginación
muy lejos,
más allá de Capadocia
fuera de la cabeza

y desaparezca el dolor.

La esperanza margen,
al límite de las cuerdas,
en las frondosas latitudes
más allá del deseo
y las verdes tentaciones

permaneció intacta.

La flor manantial vencerá al insomnio
cruces de palabras.
Permanecerá la vigilia,
resistirán los cactus,
la inteligencia
con su frondoso tapiz.

Y jeroglíficamente despierta
dentro del enigma
la líquida transformación del cerebro
en ruido,
forma,
materia y vida.

Dejadme ya, pánicos negros
soltadme ya,
veloces plantas conspiradoras.

Quiero respirar
más, más. Rápido.
Más. A cien kilómetros,
a dos minutos por segundo.

Tengo prisa
por seguir viviendo.

Los objetos
en su incesante quietud,
con su ruido congelado
detenidos en el tiempo.

La ropa
suspendida en el vacío
en sí
respirando.
¿Hacia dónde irá la noche mantel,
la curvatura de las hojas?

Y el fuego naftaleno
que invadió la muerte
de no saber
que iluminó los espacios
del más puro movimiento.

Una brizna de hierba,
un insecto trepando,
confundiendo el color.
Los árboles más sangrientos
al límite de sus propias fuerzas,
de sus propias venas.

Todo
móvil
inmóvil,
siendo.

A ti
que apostaste a las estrellas
al don de las fieras
y a la sombra de la luna.

Que elegiste el viento oriente
y el líquido horror
de las palabras más voraces y atrevidas

a ti
más.

Te digo más, con mandíbulas y tendones,
ojos, dientes y esternón.
A ti que apostaste al Paraíso
otra vez.

A ti que paso a paso,
grito a grito,
de desierto en desierto,
de manantial en manantial,
escogiste los sonidos de mi sangre y de mi voz
como si fueran los últimos míos

te digo

Más.

Un vacío en el espacio. Más.
Más. ¡Más!

Volaremos
otra vez
y más.

El sol nos protegerá.